

Los cuervos de Klein

Eduardo Grüner

Revista *Espacios de crítica y producción*, publicación de la Facultad de Filosofía y Letras /UNBA/ diciembre 1995.

Laura Klein tiene –como se suele decir– un destino funesto. Le toca que un mal lector de poesía (el abajo firmante) “critique” su libro. Es decir: que *haga presente* ante otros (probablemente buenos) lectores un libro de poesía que no se parece a nada que un mal lector de poesía haya leído jamás. O sea: que al mal lector de poesía no le queda más que una estrategia posible: transformar la crítica, hacer de una presentación una *ausentación*. Quiero decir: hacerles ver a los (probablemente buenos) lectores de poesía que lean estas líneas, que para un mal lector de poesía hay una sola manera de leer con alguna eficacia un libro que no le recuerda nada, y es hacerse cargo, no de una *falta* de memoria, sino de una memoria activamente *ausente*, que suspende con deliberación lo que recuerda, lo que sabe de algunas cosas: lo que sabe de poesía (prácticamente nada), lo que sabe de Laura Klein (algo, lo suficiente para justificar una amistad irremediable), lo que sabe de los gustos literarios de Klein (bastante, lo suficiente para saber que son, en su mayoría, compartidos). El lector elegirá no recordar, por ejemplo, que Laura Klein ama, *literalmente*, a Kafka. Y pensará entonces, que es sólo para seducir a lectores que poco o nada saben

de poesía, que ella coloca, en lo que solía llamarse el “frontispicio” de su edificio de palabras, estas palabras de Kafka, que –como el libro de Laura Klein- no se parecen a nada:

Los cuervos afirman que basta un solo cuervo para destruir el cielo. La cosa es indudable, pero no prueba nada contra el cielo, porque cielo significa, precisamente: incompatibilidad con los cuervos.

Palabras que no se parecen a nada, digo, porque el lector elige no recordar que hace muchos años –de manera totalmente azarosa- se enteró de que, en checo, la palabra *kavka* designa una especie de cuervo que se llama *grajo*, y que en ese entonces pensó sobre la incompatibilidad radical entre ese nombre de autor y el cielo de la Literatura, de la que ese nombre de autor renegaba pero a la que, al mismo tiempo, estaba condenado. Sobre todo teniendo en cuenta que la imagen de ese grajo –destructor del cielo vacío de la página en blanco- figuraba como emblema en el ángulo superior izquierdo del papel de correspondencia del *padre* de Kafka, que como se sabe (pero el mal lector prefiere no recordar eso ahora) no era un padre cualquiera: era el padre destinatario de otra “correspondencia”, de una famosa carta en la que el *emblema* paterno se desplaza de la imagen al *nombre*, destituyendo al padre de su trono en el reino de los cielos.

También elige no recordar ahora, el mal lector, que en el ángulo superior izquierdo de una de las páginas del libro de Laura Klein figura la palabra “grajo”, y se pregunta cómo es que una palabra puede destruir el cielo más eficazmente que una imagen. ¿Será eso, tal vez, la poesía de Laura Klein? ¿Será acaso el deseo –seguramente sin objeto, pero, claro está, no se trata de *eso*- de una definitiva destitución de la imagen por la palabra? ¿Será la demostración de que el recorrido de la palabra “grajo” desde su inscripción como nombre de autor en el frontispicio hasta su lugar de destructora de la página, está indicando una incompatibilidad del cielo con la palabra poética? “El grajo sabía pedir”, dice el ángulo superior

izquierdo de la página, “pero no tomarla”, responde el ángulo superior derecho. ¿Se ve que es el mismo movimiento que realiza Kafka, cuando pone en escena el escándalo de que el cielo sólo puede salvarse de la destrucción por su absoluta *alteridad* con respecto al nombre, a la palabra, que puede destruirlo? Son dos lógicas diferentes, incompatibles: pedir, tomar. El grajo –la palabra poética- sabe *pedir* un cielo para destruirlo, pero no puede *tomarlo* cuando éste se le ofrece. Apenas puede –sigue diciendo esta página- “restregarse / el mudo suyo / en copia de una vida mejor”.

O sea: a la palabra que quiere destruir el cielo de la Poesía pero que no puede hacerlo completamente *suyo* (porque eso es para Laura Klein la *completud* de la Poesía: su estricta incompatibilidad con cada palabra que ingresa a ella), a esa palabra sólo le queda la estrategia de hacer suya su propia mudez, y *restregarse* contra el cielo de la Poesía en la esperanza de desgastarlo lentamente, de erosionarlo, de degradarlo, hasta hacerle confesar que su *abyección* es precisamente la pretensión de ser ajena a los cuervos (y es en esa estrategia que se juega una declaración sobre lo que *no* debería ser la Poesía: pureza inmaculada, cielo sin cuervos): de hacerle confesar que su puerta de marfil es sólo un “herraje cosido a cal”, “apañado” –esto sí cree recordarlo el lector desde unas páginas antes- por los “graznidos” de los cuervos a los que excluye.

Allí el lector ya sabe por qué este libro no se parece a nada que él recuerde. Es porque es imposible recordar que una palabra (como el cuervo que para destruir el cielo tiene que renunciar a él, y entonces se destruye a sí mismo, se *engendra* destruyéndose, se hace cuervo con su desaparición) sólo tiene derecho a reclamarse *poética* si demuestra su estricta incompatibilidad con la Poesía, con esa verdadera *institución* de la Cultura. El que abra este libro podrá *ver*, literalmente, que hay en él varias páginas en blanco. Un cielo vacío se define por la ausencia de la totalidad de cuervos que podría contener: una página en blanco es la presencia muda de

todas las poesías posibles. Basta que un cuervo sea excluido del cielo para que éste se demuestre incompleto: basta que una palabra se excluya de la página para que la Poesía se demuestre imperfecta, se demuestre *siendo* aquello que le impide llegar a ser. Por el contrario, son los blancos de la página los que –rodeando a las palabras- anticipan que habrá, alguna vez, *la* Poesía, así como sabemos que alguna vez habrá *la* música porque sabemos que, por ahora, las músicas sólo son tales en tanto incluyen al silencio (otro nombre de autor que Laura Klein ama: John Cage), que alguna vez habrá cielo porque ahora nos lo anticipan los cuervos: mientras tanto, es el deseo de la palabra poética, tal como la piensa y la escribe Laura Klein, no confiar en esta posibilidad celestial que hace de la Poesía el reino de lo *agradable*, del opio de las palabras. “Dios”, decía Nietzsche, “ha sido refutado muchas veces: el Diablo, nunca”. También el cielo puede ser refutado muchas veces, pero no los cuervos, también la Poesía, pero no la palabra poética. Salvo, por supuesto, donde y cuando –exacerbando esa *negatividad violenta* de la palabra, como hace Laura Klein- ella se refuta a sí misma: como cuando se anuncia “con verbos delicados”, para después juntar, con delicadeza criminal, “babas de ángel”, “carmín y leche”, “cerezas como rameritas rientes en el polvo”, “tacos cariñosos en la trompa”, “embeleso” con “cinchas en la piel”; o como cuando la *pasión* no merece el torrente sino el charco; o como cuando las *mejillas* reciben la caricia de “guantes raídos”; o como cuando la yegua no es la yegua nocturna (*nightmare*) de la pesadilla en traducción borgeana, sino “yegua del amanecer”: la que *insomnia*, y no la que permite seguir durmiendo.

Se entiende: la palabra poética sólo puede vivir de su propio aniquilamiento, de su negatividad con respecto a las palabras de la Poesía, de la demostración de que una suma de palabras poéticas no constituyen una lengua poética, sino –lo dice Laura Klein- un *conato de lengua*, una *finta*, un *amague* en disolución, como esos fluidos y esos fragmentos

corporales que en el libro se restriegan y picotean como cuervos en la carroña del cielo de la Poesía: se deslizan, reptan, se ponen de rodillas o de hinojos, babean, sudan, ladean la cabeza, producen lamparones, rasguñan, se aplastan, se acuestan, retozan, salpican: en fin, esos son los “verbos delicados” que refutan los sustantivos de la Poesía para denunciar su –lo dice Laura Klein- *catadura de siervos*. Todo esto, lo repito, se puede *ver*, literalmente: se puede ver moviéndose en el espacio de la página como se ve a los cuervos acosando el vacío del cielo. ¿Quiere decir esto que la poesía de Laura Klein es para *mirar*? Todo lo contrario: es –por la propia importancia que en ella tiene la *incompatibilidad* entre el espacio de la página y las palabras –la enunciación de que la palabra poética se excluye del espacio para poder ser *pensada*: otro cielo que esta palabra destruye es el de la tontería babosa de lo poético como pura “sentimentalidad”, como “intuición”, como “impresión”.

Se excluye del espacio, decíamos, pero no del cuerpo: no se trata del puro Concepto, sino de una carne que piensa y se escribe, se *inscribe* como (otra vez, la referencia es inevitable) la condena de la colonia penitenciaria kafkiana. El espacio (el de la Poesía) es una superficie sobre la que se *descansa*, el cuerpo (sometido a la palabra poética) una masa que se *penetra*, y en ella se degrada su aspiración a formar parte del cielo mentiroso de la Poesía. Se me disculpará, pero no me privaré de decir que semejante palabra, capaz de encarnarse a tal punto que esa encarnadura le impugna a la Poesía su inocencia celestial, la interroga hasta en su propio derecho a la existencia en un espacio, esa palabra no sólo es poética, es *una* poética, es incluso una *teoría*: como si dijéramos: la teoría de unos cuervos capaces de devorarse a sí mismos para demostrar que el cielo no es indestructible.